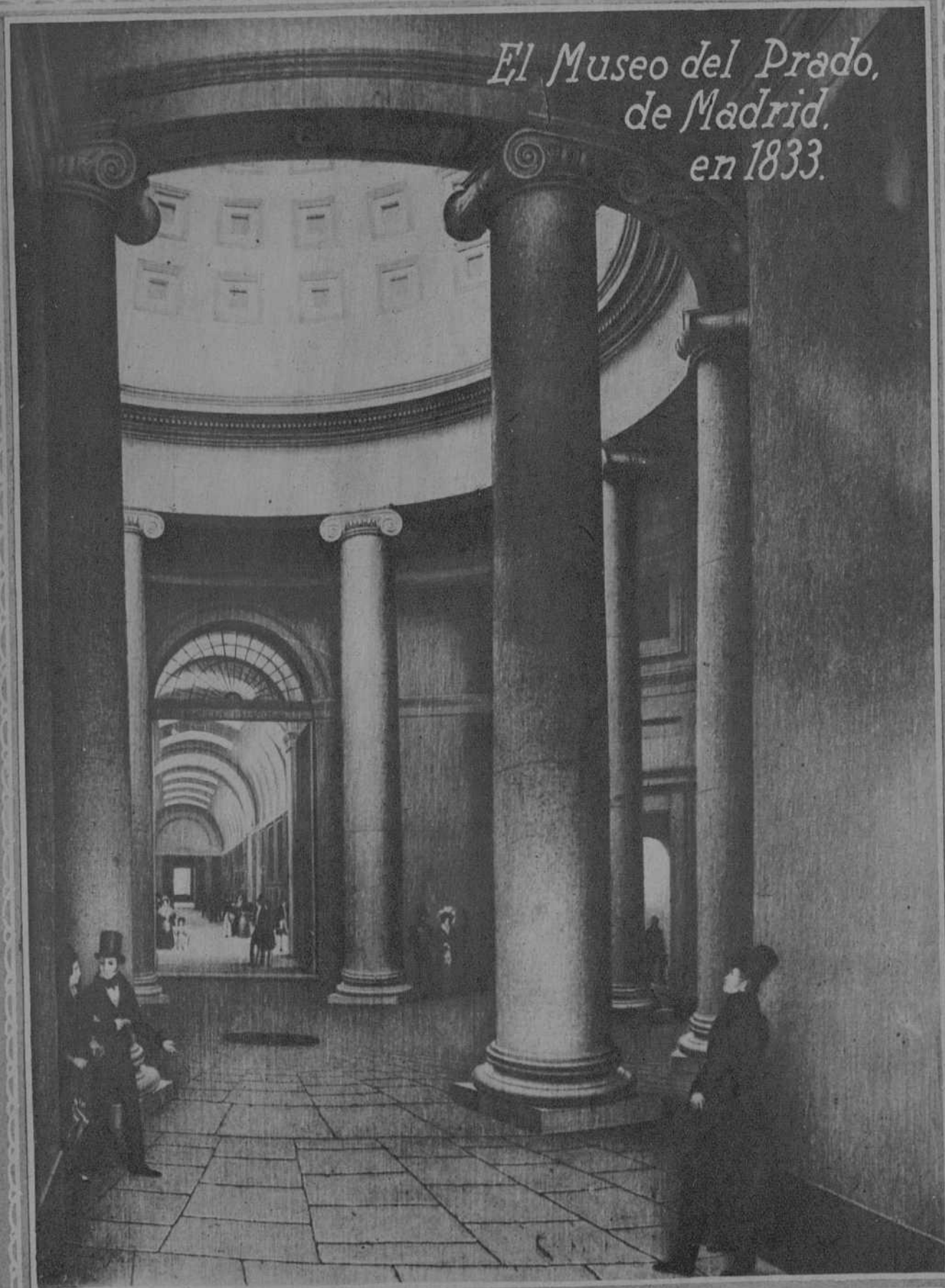


N.º 7. Páginas Extraordinarias de El Día Gráfico. 9 Mayo 1926.



El Museo del Prado,
de Madrid,
en 1833.

Cuadro del pintor Kuntz, cuñado de Don José Madrazo, que permanece a primer término. (Este cuadro, curiosísimo, pertenece a la colección de Don Federico Barris, y por vez primera es reproducido).

(Fot. Vidal Ventosa).

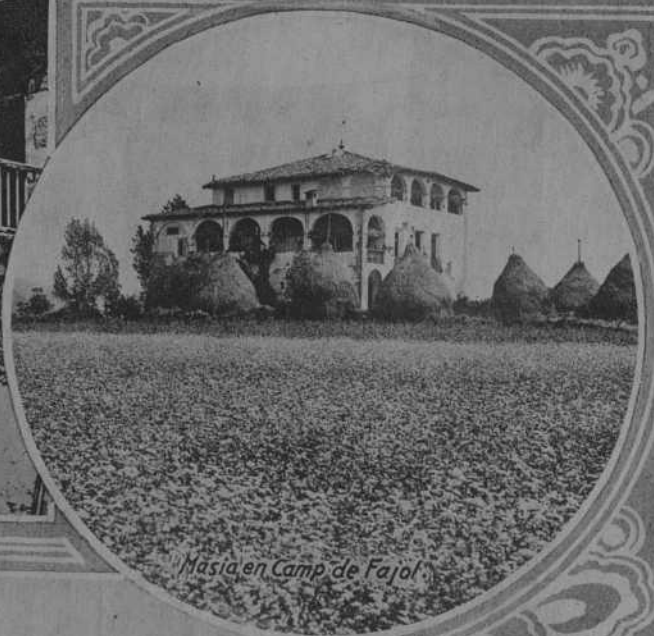
LAS
PATRIARCALES
MASIAS
DE
CATALUÑA



Masia en Tabernoles.



Masia en un admirable rincón del Montseny.



Masia en Camp de Fajol.



Masia del Valle.

La Cataluña Romántica.



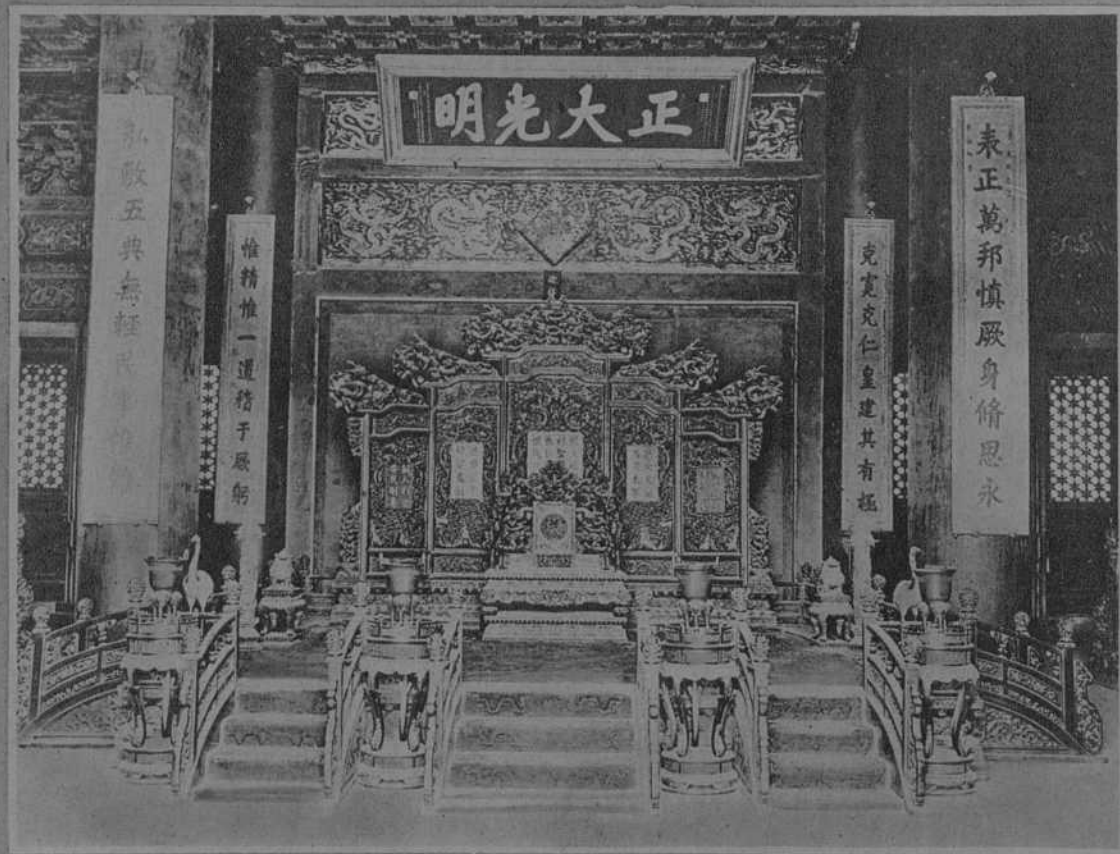
Castillo de San Juan de Blanes.



Vista del Castillo de Tona.



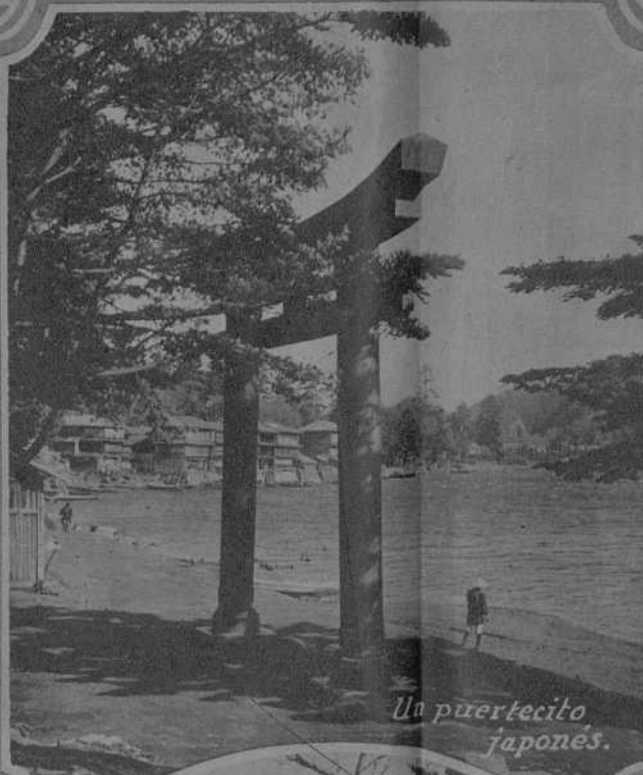
Aspecto parcial del patio del Castillo de Castellar.



El trono del Emperador del Japón.

· EL JAPÓN ·

Donde los extremos, el Occidente y el Oriente se tocan, y en cuya capital, Tokio, tendrá término, por continuación desde Manila, el raid aéreo de Loriga y Gallarza.



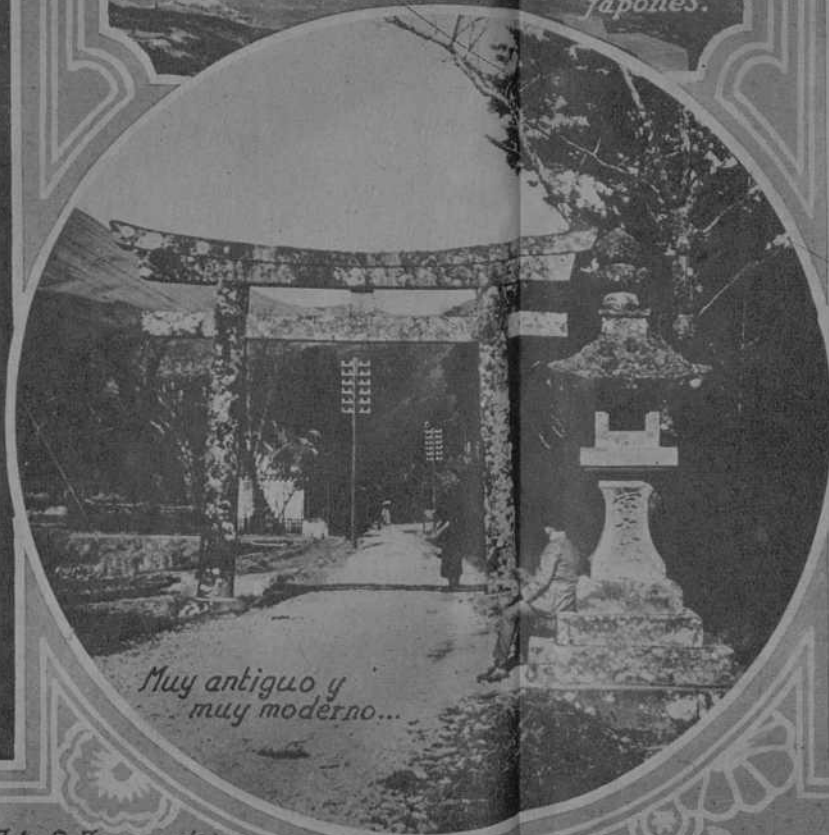
Un puertecito japonés.



Muchachas japonesas dirigiéndose a una escuela femenina.



Una calle de Tokio.



Muy antiguo y muy moderno...

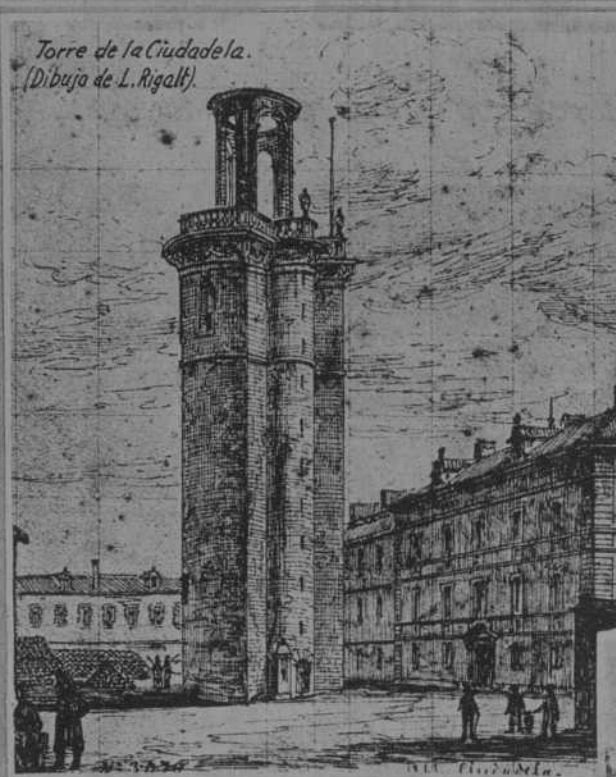
(Fots. O. Jungent.)



El barrio proletario de Tokio.



La iglesia de la antigua Ciudadela, hoy en día.



Torre de la Ciudadela.
(Dibaja de L. Rigalt)



La iglesia de la Ciudadela.
(Calle de Soler y Rovirosa)

LA CIUDADELA. A comienzos del XVIII se abrió la Ciudadela, en el sitio que hoy ocupa el parque, prendiendo después en ella las leyendas negras. Durante la dominación francesa, allí sufrieron prisión y a veces horca, los patriotas. Durante las guerras civiles, presenció la horrible matanza de los prisioneros carlistas. Luego fue ergástula y calvario para los liberales. Empujada por la ciudad, la ciudadela desapareció, demolida, surgiendo los jardines en el lugar de las piedras carcelarias.

(Museo de la Ciudadela)
(Fots. Vidal y Ventosa).



El glacis de la Ciudadela. (Acuarela S. y Rovirosa).

La España regional y pintoresca.



*Gallegas con el trabajo de trabajo.
(Pontevedra).*



*Pajes en la feria de Illana.
(Coruña).*



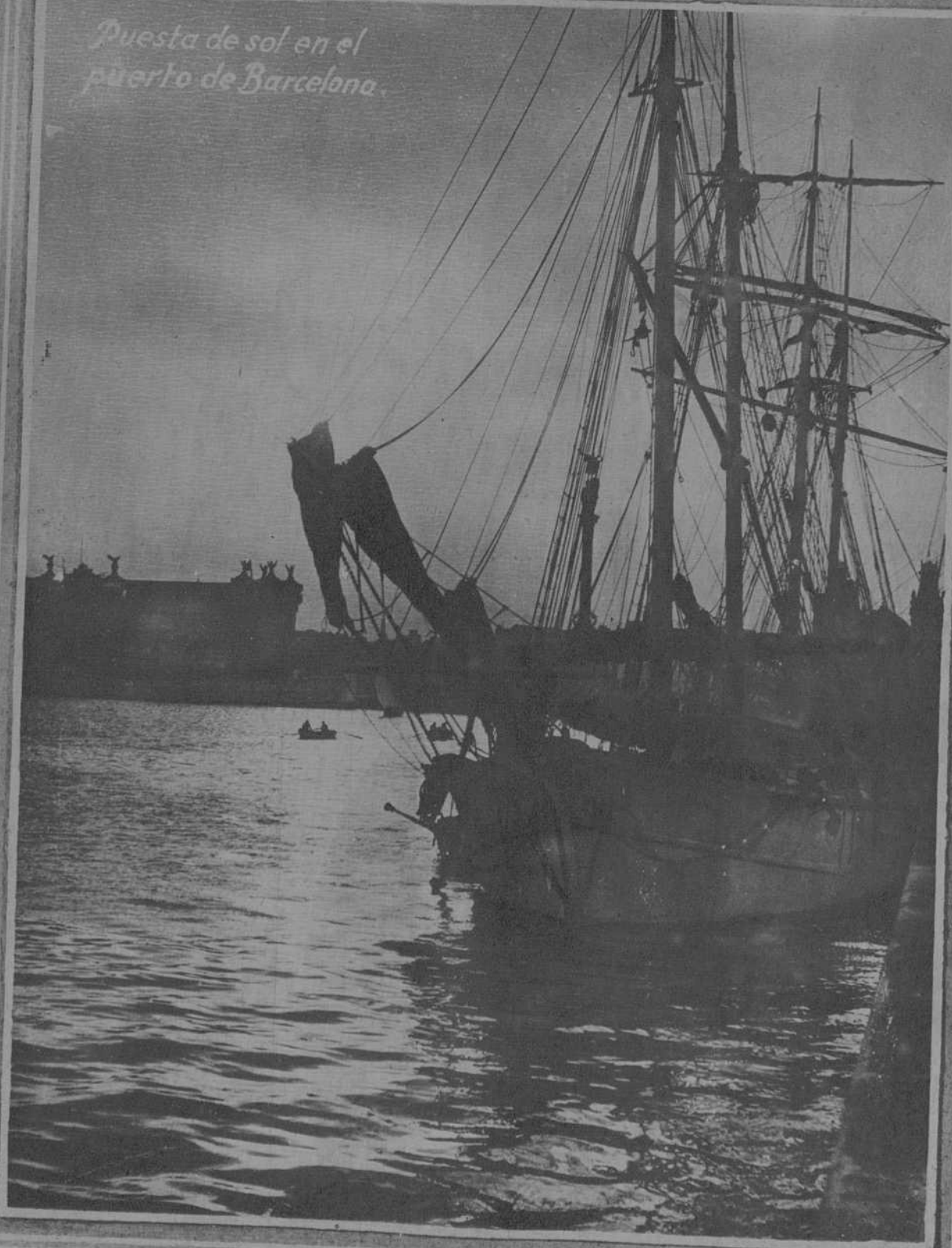
*Tocador de Zamporia.
(Pontevedra).*



*Tipo de payés en día de lluvia.
(Pontevedra).*

(Cl. Arxiu Mas).

*Puesta de sol en el
puerto de Barcelona.*



¿Vive, realmente, Barcelona de espaldas al mar? Tal vez fuera esto verdad hace unos años, pero hoy, los hombres de sport y los de letras, han coincidido en iniciar un amor al mar, y sobre todo, a nuestro puerto, lleno de fuerza, de color y de matices, y en el que junto al trasatlántico imponente, aparece el velero romántico, por entre cuyo cordaje, al atardecer, cuelga el sol su randa de oro.

PARA QUE NO CANTE

(Segunda parte de "La Jaula del Pájaro")

por R. VALLE INCLAN

I

Corría el galgo madrugero por el sayal de las labranzas, pesquisidor sobre la sombra de las alondras en vuelo. Tío Blas de Juanes, con profundos dejos de melancolía, miraba perdido el sudor de la siembra. Las gollerías picaban en la juvenil amanecida, sacudiendo sus caperuzas de niñas viejas. Sobre las bardas doraba sus plumas el gallo algarero y los charcales eran floridos de luces. Aun farfollaban crecidos los cauces serranos. El cachicán subía el reuesto del arruinado trapiche, y bajaba por el camino, ondulando los guidillones de la falda, la comadre tuerta.

—¿Se halla usted al tanto, tío Juanes? La Pareja se me ha incautado del mala costilla Y ese solimán se berrea tanicuanto le aprieten las mancuernas. ¡Que no vaya adelante de ningún juez, porque nos pierde, tío Juanes!

Abismóse el viejo erudo, en su gesto senquista, tendidas las miradas del ánimo, a considerar la incertidumbre de los sucesos:

—Me hallaba sobreavisado para cualquier desavío, que lo peor de lo más malo se me había pasado por el pensamiento, y la maldita ocurrencia ni una sola vez me ha dado el alto. Juanilla, la prisión de ese tuno, puede traer un averiazo que nos doble.

—¿Y cuenta usted mucho con el valimiento del Niño?

—El niño bailará el cuerpo por ayudarnos, a la cuenta que le tiene.

Agorinó la tuerta:

—¡Si nos hacen proceso, que no se vaya suelto ese toro majo, tío Juanes!

—No podrá irse. Pero al entanto rueda el tuno entre carabinas, la faena que cumple no es del Niño. ¡Si canta, vamos todos al estaribell! ¿Y cómo se pasó el zafarrancho?

—Llegaron los tricornios. Yo me había subido sobre sus pisadas.

—¿Tá tenías esquiados todos los rastros?

—¡Usted verá! Ellos registro lo hicieron y nada hallaron. En acabando, se ponen a picar un cigarro, y de que acaban me ordenan traerles el rucio, que estaba pastando. ¡Qué remedio! Pero la sangre me dió un vuelco. Era vista la idea. Y así fué. Sobre el pollino, terciado, se llevaron al camastrón.

—¿Cómo lo ha tomado el tuno?

—Con su risa rajada.

—¿No se te habrá pasado averiguar a dónde le conducen?

—Puse los espartos, sin sacar ninguna cosa en claro. Pero atendiendo al andar del rucio aun cuando lo muelan, en todo el día no salen del camino, si van a Solana. Tío Juanes, donde aclaramos las dudas es en la Venta del Manchuela. Esa comadreja de cierto que ya tiene tomado vientos. Y también le habrán dejado los chavales la noticia de sus escondrijos. ¿Por qué no pica uster para allá, tío Barrabases? Yo me llevo a las cuevas para avisar a la prójima del Carifancho. ¡Allá nos juntamos!

—¡Oye, chiva local! Tú no sabes de más obligaciones, y a mí me sujeta el cargo en que me hallo. Sobra estos tiempos mucha gente mirona por los Carvajales.

La comadre se rebotó de un salto, con vuelo de faldas, resaltando el anca de cabra:

—Pues usted verá si hay modo de cumplir en las dos partes. Y cuanto más agudo se despache el negocio del camastrón más tranquilo queda usted. Vea usted cuál de los dos cuidados es más urgente.

Tío Juanes sacó del chaleco su pesado y platero reloj. Con ceño de présbita, teniéndole en las dos manos, escrutó la hora, las riendas sueltas sobre el cuello del tordillo:

—No olvidemos que si es buena la diligencia, el acelerero trae por veces más daños que un pedrisco. No pongamos los cuerpos al descubierto, y andemos con ojo. Una es que el tuno se berrée y otra que por el cuidado de sellarse la boca, nos echemos encima el recelo de la Pareja. Esa gente anda muy avisada, y como aconseja el padrino, hay que aplastarse y no dar el cuerpo. Antes que ninguna otra cosa, la primera diligencia es obrar con disimulo y poner sobre los autos al Niño.

—¡Apuradamente!

Agáchate, Juanilla, que de lo menos se induce una sospecha, y pudieran recelarse aquellos tunos que podan en Olivar Viejo.

—¡Así cieguen! Tío Barrabases, yo me voy con el viento a desayunar unas migas con la comadre Carifancho. Ya luego, usted habrá de gobernarlo.

—Juanilla, que los amigos se dejen caer por la Venta de Manchuela. Allí se resolverá. En el apuro, plan maduro.

II

La Carifancho, comadre renegrida y garbosa, canta, disputa y peina la mata, a la

boca de un silo, en Castril de las Cuevas. Las pencas del chumbo espinan las bardas. Perros y jamelgos, bien amados de la mosca, sacuden el rabo con ritmos alternos. Las voces, las greñas arañadas y las rapifias, tejen el hilo de la cotidiana disputa que allí mueven las mujeres. Los coimes, cuando no cumplen alguna sentencia en presidio, garbean en la tunería de lechuzas, aljorjines y traineles, o se licencian en los estudios mayores de caballistas y cuatrerros. Aquel rancho gitano tiene un resalto de ochavo moruno.

Luces cobrizas, magias y sortilegios ciencia caldea de grimorios y pentáculos. En Castril de las Cuevas la herradura, el cuerno, el espejillo rajado, los azabaches y corales de las gigas, el santico bendico, con ataduras y por los pies ajorcado, son los mejores influjos para torcer y mejorar los destinos del castigado Errate. El cuerno hace mal de ojo a los vellerifes. El espejillo enferma de muerte a los jueces. El santico ligado y ahorcado abre las cárceles. La herradura prospera sobre los caminos y saca adelante en los pasos apurados. Las gigas mejoran la estrella del nacimiento. En Castril de las Cuevas a la boca de un silo, canta y se peina la greña Malena de Carifancho. En éstas ha visto llegar, dándose aire con una punta del pañuelo, a la comadre tuerta:

—¿Por dónde anda el tuyo, Malena?

—¡Cristo, que se pasal!

—¿Por dónde anda?

—¡Lleva vuelo muy largo! A decirte verdad, no sé por dónde anda mi Pepe.

—¿Adónde vas tú con tanta ignorancia? Tu Pepe no puede andar lejos, pues allí cuelgan el retaco y la canana.

—¡Juanilla, te desconozco! ¡Ya te empapas en el engaño como los balichos!

—Así cieguen! ¡Los tenemos encimal! Malena, me trae el aquel de que tu rufio, con todo acelerero, se caiga por la Venta del Manchuela.

—Dirás de una vez lo que se pasa?

—Se pasa que nos pueden conducir a todos en una cuerda, si se berrea el mala sangre que esta madrugada se llevó preso la Pareja. Tío Juanes, que se ha entrevistado con el padrino, estima que se nos depara un averiazo con ese lagarto en las uñas de los guardias. ¡A la primera solfa de baquetas, nos pone el grillete! Con todo ello, la más negra sería que pudiese cantar en papel de Juzgado. ¡Allí nos abrasan!

—Juanilla, no me sponcies con esas cuentas tan negras, que estoy en meses mayores. Tú traes ya cavilada la melecina para para que no muerda ese churel. ¿Qué tío es el tuyo?

—¡Yo estoy atolondrada, desde que vi que se lo llevaban atado a los bastes del pollino!

—¡Vaya un retablo!

—Y el raído ha puesto una risa tan malvada, que descubría sus intenciones. ¡Sin solfa de baquetas todo lo canta ese renegado! ¡Más pesarosa estoy de no haberle dado boleta para los Infiernos! ¡Y allí que cantase!

—¿Qué discurso hace tío Juanes? —Que no siga en las uñas de la Pareja.

En el fondo, moviendo el vistoso colgarín de una colcha gitana, sobre el arquillo, con asperezo y bostezo, apareció Carifancho:

—¡El desavío puede ser templado!

Saltó la visoja:

—Ya me daba la olisca de que no andabas lejos.

Y la otra comadreja:

—Pues has oído la gachapla que ésta trae, dale respuesta.

Tosió Carifancho,

—La resolución ha de tomarse en junta, y no me parece mal discurrir entrevistarse bajo el alón de Frasquito Manchuela.

—Esa es la mía, y tras eso vengo, para que te dejes caer por aquella carencia.

La comadreja aguzaba el ojo, redondo y dorado en la rayola de sol que partía la cueva. Carifancho, negro y garboso sobre la cortinilla gitana, ajustábase el cinto del puñal. Malena, rendida, le presentaba el retaco, le ajustaba las espuelas, barriendo los suelos con la clavelina de las greña. La visoja se prevenía cruzando el pañuelo bajo el brazo:

—Si estás en ello, no se pierda más tiempo, y nosotras dos a procurar alguna noticia de la Pareja. Y con este acelero, ni palabra se mezcló sobre el curelo de Cueva Beata. Pues ello es, que la otra mañana presentóse el Niño. Venía muy levantado y sobrecogido por unos dimes con el gobernador. Su consejo es aburrir el nido quien pueda, los demás aplastarse, y dejar pasar esta justicia de enero.

—Todo eso está bien. ¿Y del pájaro, qué propósito trae? A mí me ha llegado el aire de algunas palabras que no sé dónde se han dicho, y sobre las cuales acaso no estuvieran conformes todos los interesados. ¿Se clareó el padrino sobre el compromiso que trae de soltar al pájaro?

—Alguna cosa mentó.

—Pues habrá que echarle el alto.

—Esa cuenta os la arregláis entre vosotros. Ahora cada cual sobre su obligación y a no dormirse.

Rezaba la coima de Carifancho:

—¡Hay días que nacen aciagos!

Baló con hipo rabioso la otra comadre:

—¡Y vidas enteras!

Comentó jactancioso y ensombrecido el Carifancho:

—¡De este averiazo pudiera salirnos tejida la sogal!

Las tres figuras, al moverse sobre las calles de la cueva, alternativamente cortaban la rayola de sol, y salía a la sombra su gesto expresivo, con un claroscuro potente.

Las comadreas, con el hombro pegado a las bardas, hacían cauteloso acecho por unas eras, Juana de Tito y Malena la Carifancho. Subían los guardias con el preso, hacia el villorrio lomero de Castril Morisco. Un zagal, requisado por los tricornios, alegraba al rucio con oraciones arrieras y halagos de vara. Ponía el sol en los adobes una llama adusta, una luz de castigo que calcaba con tintas chinas el perfil de los tejados. Las comadreas, cada una por su sesgo, abiertas las mirlas, y el ojo lagartero, metíanse por las callejuelas, atisbonas a los pasos e intenciones de los guardias. Recayeron a un campillo, con tres casucas arrugadas, ouestas de esquina, en disputa temosa de viejas. Ante la puerta laureada de un tabernucho, apagaban las sedes del camino, el rucio, el espolique, el preso y la Pareja. Los tricornios con una sangría, con agua de la noria los otros tres penitentes. Las comadreas sacaban el ojo por contrapuestas esquinas. Los guardias se alzaron, y el bulto del asno con el tullido, salió trotando a la carretera, bajo la lluvia de azotes e injurias con que le anima el renegado espolique. Juana de Tito, escurrida y ligera, se acogió al tabernucho, cortando el terreno a espaldas de la Pareja. Con el pañuelo caído sobre el ojo tuerto, llegó al mostrador, y garbeando la mano soltó una peseta:

—Madre Melonilla, desengáñeme si es buena esta besta.

Cambiaron un guiño las dos lechuzas: Disimulando, la tabernera contó la peseta en cobres y puso el cambio sobre el mostrador.

—¡No me rompas la cabeza! Es moneda de ley.

—Se ve tampoco de esta fruta, que no es extraño desconocerla.

—¿Te sirvo alguna bebida?

—Agua del cielo, porque traigo más sed que un esparto.

—Pues, hija, si la gustas de tomar como unas nieves, ve a sacarla del algibe.

—¿Y el perro no me echará el alto?

—¡Me le han dado morcilla los vellerifes! Aún se me encorajina la sangre.

A hurto, por entre el coloquio, sesgaban una sonrisa de trapicheo las dos alechuzadas comadres. En el fondo, con una mesa y un jarro por medio, el seminarista, el herrador, y el pedáneo, disputaban por una baza de julepe. La Melona, obesa y reumática, subió un cadalsillo de tres escaleras y pasó por una puerta achatada, seguida de la comadre bisoja. En el corral, sentada entre los geráneos del algibe, con un espejillo sobre la falda y una alcuza a la vera, se aceitaba la Carifancho. Arrecelóse la tía Melona:

—¿Por dónde has entrado, que no has sido vista?

—Por un agujero.

—¡Propia rata! Pues me has cegado.

—Buen trabajo cegar a los ciegos.

—¡Pero tú has entrado por la puerta!

—¡Como una reina!

—¡Vaya un arte que tienes para no ser vista!

—¡Y no es bastante, tía Melonilla!

—¿Y esa alcuza?

—Al entrar, se me ha puesto delante.

—Pues aquí las cosas tienen dueño.

—Como en todas partes. Y por tener a nuestros dueños con un pie en el finibus-

terre, andamos nosotras aperreadas fuera del drunji. ¡Ha visto usted que los vellerifes le han echado el guante a Tito el Baldado!

Atajó la tuerta:

—¿Qué intención descubrían los guardias? ¿Qué palabras tuvieron? ¿Mi mala costilla, por dónde rajaba?

—Cuando el sol se cubre no pidas ver claro. Los balichós gastaron pocas palabras, el sol del camino les tenía seca la garganta. El tuyo se dolía de las ligaduras, y no dejaba las maldiciones para que se las aflojasen.

—¿Habrán cantado?

—Las correas tan oprimidas dicen lo contrario.

La Melona, protegía la alcuza, bajo un pico del mandilote. Alzaba los brazos con gracia culebrosa la Carifancho.

—Tía Melonilla, no sea usted roña, y écheme usted una gota de olio en las palmas, para engordar las liendres.

—¡Si estás más lucida que un disanto!

—Tía Melonilla, écheme usted una gota, que no pido para freir un güevo!

—¡Si no has dejado ni la muestra!

—De una escurridura quiere usted que le deje un trapiche. ¡Valga, Dios, la sangre que usted tiene, tía Melonilla!

Se anudaba el pañuelo y sujetaba la liga Juana de Tito.

—Hay que no dormirse y sellarle el pío. ¿Adónde le conduce la Pareja?

—Aquí, requisaron para mudar de pollino, no hallaron coyuntura de servirse, y largaron sin pagar su consumo. ¡Lejos los vea yo de mi puerta!

—¡Ganado de Lucifer!

La mano morena de la gitana prendía en el aire con falsos anillos el garabato de los cuernos. Juana de Tito acechaba sobre las bardas del corral:

—¡No perdamos los rastros de la Pareja!

La escueta procesión del preso y los tricornios, zarandeaba por la carretera. La andadura cojintranca del pollino descomponía los ángulos del cortejo, con una visión estigmática. Era en la llana de la carretera un adusto rastro negro, una expresión zaina de errantes destinos y estrellas funestas. Entraban por una sombra de alcornocales. La tuerta aguzaba el ojo sobre la barda:

—¡Sóos! ¿Adónde va ese ganado que se sale de vereda?

Rió la Carifancho:

—Si le dan mulé, aquí oiremos el tronío.

Apaciguó la tía Melonilla:

—Son comedias que representan, para ablandarles el rejo a los infelices conducidos, y hacerles cantar.

Juana de Tito respondía a sus voces interiores:

—Yo me acercaría, pero si tiene cantado el mala sangre, soy la primera que cae.

Reflexionaba la tía Melona:

—Tú, bien está que te guardes. En cuanto a ésta, puede rondar por lo lejos la Pareja.

La Carifancho, juncal y esquiva, ponía el moreno racimo de las uñas, en las ondas lustrosas del pelo:

—¡Reina de España no me ve usted cómo estoy para alumbrar lo que traigo?

—Desde que te conozco, y van años, siempre te encuentras en el mismo ser.

—No se me logra fruto, tía Melonilla.
Baló con un pronto la tuerta:
—¡Sin más! Tía Melona, procúreme usted unas prendas de hombre. Malena, componte para ser una vieja.
Asintió tía Melona:
—Vamos al fayado y allí escogeréis en lo que tengo.
—Unos calzones y una chamarreta.
—El caso, que te vengan.
—Engordo el cuerpo, que por prietos no será la duda.
Ceceó la Carifancho:
—Tía Melonilla, ya me procurará usted unos polvillos de harina para encanecer la mata.

—Pides tú para adobarte el cascuelo más ingredientes que el postre de un canónigo. ¡Vamos al desvanillo! Tú adelante de mí, Carifancho.

Inquirió la bisoja:
—¿No cierra usted el despacho?
—Así es más disimulado. Y Paco el Seminarista, se ocupa de vigilar en mis faltas. Paco el Seminarista es muy aprovechable. Ese, acaso... Si os parece le pongo en autos. Es de los buenos pianistas, no hay otro. El habló con los civiles.

Dudó la tuerta:
—Vamos al fayado y allí resolveremos.
—¿Qué ayuda podría darnos su Paco?
—¡Ojo, que vivimos muy honradamente! ¡Libreme Dios de torcerle la vocación a ese arzobispo!

Temblaba con el peso de los tres bultos la escalerilla del fayado. Asentadas al pie del ventanillo desataron un burujo. Las tres comadreas metían la husma y las uñas sacando los pingos al aire:

—Estos calzones me vienen pintados.
La bisoja se alzó con desgaire. Tendía la pierna, y por ella medía las longuras del calzón. Las otras dos, agazapadas al pie del ventanillo, dieron su dictado. La Carifancho:

—¡En esa tripa, mal metes tus cachas!
La tía Melonilla:
—¡Te daba unas onzas de las mías! ¡Estás como una vara! ¡Cuerpo de bailadora! ¡Atate un pañuelo a la cachucha, y ponte este catite sobre un lado! ¡Así disimulas la trenza!

—Tía Melonilla, si usted trae unas tijeras me la rebano. Este disfraz ya no me lo quito. ¡Gachó me vuelvo!

Reflexionó la tía Melonilla:
—¡La nube del ojo te delata! Habías de ponerte un parche.

—¡Más notado!
Saltó la faraona:
—¡Un paveró Juanilla! Te lo echas sobre la ceja.

La tabernera reposó las manos sobre las ancas:

—¿Y dónde lo hay el paveró, badajo rajado?

Tornaba la tuna:
—Juanilla, te completas con estas alforjas.

Y Juana de Tito, arrojándose a la tabernera, marteleaba:

—Para el paveró, llame usted a su Paco.

—¡Deja la palma! ¿Tú estás en que lo hable y le ponga al cabo? El convidó con la petaca a la Pareja. Al tuyo, como va espasado, le puso el pitillo en la boca y se lo encendió. Alguna seña pudieron haber com-

binado. Tú verás si vale la pena de llamarlo para que os convida. El interés que tuvo por tí, no se le ha pasado.

—Tía Melonilla, ¿quiere usted cargarme el pecado de que le robe un santo al cielo? ¡Llámele usted para ser formales! ¡Paco es muy tuno, y si habló con los tricornios alguna cosa se habrá diquelado!

—Pues espera: Bajo yo, le hago una seña y vosotras luego bajáis.

—¿No tiene usted a mano unas tijeras?

—Ese pormenor, déjasele a Paco.
La Melonilla, renqueando, bajó al mostrador. Paco guió por el aire su seña, buscó pretexto y suspendió el julepe.

IV

Paco el Seminarista rascó la garganta con una tos maja. El mentido chaval se le ponía a la vera, tocándose el alacatite:

—¡Salud, maestro! ¿Sabría usted decirnos dónde hallar bagaje, que la güela no puede moverse? Los Señores Guardias se han servido requisarnos el rucio para un pícaro que se hace el baldao. Por aquí los verían ustedes pasar.

Simuló la otra comadreja:

—¡De infantería me han dejado!

Apuntó el Seminarista:
—¿Qué padece la güela?

Torcó el hilo de las burlas la Carifancho:

—¡Flato de años!

Las comadreas sesgaban el diálogo con dobles intenciones. Un oculto sentido ondulaba su vena picaresca, en los acentos. Paco el Seminarista, con el mismo arte, ponía una a una las fichas de su réplica: Paco el Seminarista era un bigardo sobre la treintena, que atrás diez años, tenía ahorcada la beca en el Sacro Monte de Granada. Las comadreas se hacían gustosas a su disfraz. La premura del tiempo y los peligros se rezagaban sobre la tunería del coloquio. Gozaban de la farsa, con una rémora absurda. Sentían su virtud para el engaño, y templaban con sabroso deleite su arte de máscaras. Jugando aquellos picardes, se adiestraban para sus tretas. Juana de Tito, súbitamente mudó el registro en un sonsoniche:

—¿Hablaste al raído?

Paco el Seminarista sin sorpresa, torció un canto de la boca y del mismo lado bajó el párpado:

—Tuvimos contadas palabras.

—¿Y ellas fueron?

—No te las repito por no sofocarte...

—¡Deja el miramiento!

—Pues no más que le puse el cigarro en la boca y le dí lumbre sacó estos puñales:

—¡Cuñado aquella grandísima te ha pospuesto a las calzas de Blas de Juanes! ¡Y estos a la presencia de los tricornios, para chicoteo!

—Poco ha sido para el veneno que tiene esa serpiente. Paco, hablaremos un día despacio. Las cosas son como son, y no me hagas el mal tercío de esquiarme al viejo, cuando lo tengo en las uñas.

—¿Me quieres más caballero?

—Gracias, Paco. ¿Tú no dejarías sin respuesta al raído mala sangre?

—La Pareja nos tenía el ojo encima, y no era caso de andarse con pelmécas.

—¿A dónde lo llevan?

—A Solano.

—¿Tú ignoras que se han salido de la carretera?

—¿Por los Jaramillos?

—Propiamente.
Apicarose el rufo:

—Lo sabía hace un chico rato. Menda les ha puesto ese enguade

¿Qué luz haces, Paco?

—La Pareja la tenéis ahora sobre Castril Morisco. Lleva la idea de requisar el jumento al Santero de San Blas. Aquí pidieron informes y van sobre ellos. El engaño sería que anduviese recorriendo mundo el tío Solano.

Susurró la bisoja:
—De estar en ello.

Y la Carifancho:
—¡Poco mejoran aunque hagan el trueque de bastos!

Juana de Tito recogióse, con el ojo clavado en el vaso de aguardiente:

—¿Habrá cantado?

El Seminarista tendió la pestañía:
—Cantará.

Resolvió la tuerta:
—Hay que no dormirse, y sellarle el pío.

El cuerpo magro, ambiguo, de una elasticidad viciosa, en el sayo varonil, acentuaba su esencia de monstruo. Paco el Seminarista, deleitó la mirada sobre la comadreja:

—¡Tenemos que entrevistarnos!

V

Por Jarón de San Blas, en los lejos, avizoraban las dos disfrazadas comadreas. Arrimados los fusiles al muro de la ermita, sesteaba la Pareja, Tito el Baldado, retorcido el pábilo del busto en la palmatoria de fuertes canillejas, peregrineaba por el campillo sobre los bustes. El rucio alargó el cuello, desconcierta los cuadriles y olfatea por una brizna de yerba. Era la hora del descanso, y curiosos de mirar al preso, acudían los gañanes de un cortijo. Tenían destellos de sudados soles, risas fulvas y rejos ibéricos. Con aquella cuadrilla, movido de un cierto sobresalto, asomábase por vigilar la ermita, el pardo santero: Movía en el haldón de la capa las secas tabas de galgo verdino: Con alegres cintajos de escapularios animaba el sombrero. En las manos sostenía el cepillo del Santo. Entró a la ermita, y salió en talle, con un botijo, que brindó a los Guardias:

—¡Otra cosa no tengo mejor que ofrecerles!

Un jayanote, soldado veterano, sacó el busto, el hombro, el brazo y el gesto, encarando a la Pareja:

—¡Se llevan ustedes un pájaro de valía!

La Pareja, silenciosa, a la sombra del muro, desdoblaba la adusta geometría de sus siluetas. Substanció el Cabo Ferrándiz:

—Tío Solano, tenemos que requisarle el pollino, para bagaje de ese tuno. La cuatesma que traemos no aguanta la carga.

Filosofó el Santero:

—¿Y qué remedio de aguantarla! Si esa ley valiese en la vida, todos seríamos testas coronadas. El compañero que tengo en la cuadra poco mal remedía. Es entrado en quintas y tiene sobrehueros en las dos manos. Ustedes resolverán a luego del cotejo. Voy a estornudarle de su pismo.

El Santero galgueaba para los adentros.

El espolique, con el rucio del roncal, advertido acudía a ponerse bajo los ojos de la Pareja. Los gaitanes, luces centenas las caras, curiosos, animados, felices de sentir el ritmo popular del drama, contemplaban al preso:

—Amigo, vas, caballero! ¡Así se sube a la horca!

Por un lejos se retardaban, disimulándolo con el paso cansado, el zagal verdino y la vieja baldona. Las dos comadrijas, a pesar del diaz, tenían recelo de aventurarse, sospechándose la mala voluntad de aquel dañino. Era muy lince, y si las descubría las delataba a la Pareja. De lejos estuvieron mirando el cotejo de los horricos, y el baile babilónico que recobrado en el goce del suyo-celebreño Tío Solano, Santero de San Blasito. El glorioso patrón, todo báculo y mitra, sobre un arquillo, proyectaba su ingenua benignidad de piedra.

VI

Tito el Baldado se retorció sobre los bastes del rucio, clamaba porque le aflojasen las ligaduras. La gañanada lucía los dientes; risas crueles animaban los rostros centenos:

—Ya te curarán con sal y vinagre.

—¡Que tan buenas acciones llevarás tú acuestas!

—¡Por algo estás lisiado y señalado del Señor!

—Si ahora es tanto el quejido, ¿qué guardas tú para cuando te aprienten la mancuerna?

El preso se engurruñaba, agudos los ojos, la boca torcida, el gesto malvado, los acentos misioneros de hipócritas lastimas:

—¡Ninguno considera mis padecimientos, en cautividad de criminales, impedido de valerme, lisiado como me veo de las dos piernas! ¡Cinco años sujeto a malos tratamientos, entre gente ruin que vive fuera de la ley! ¡Un cautiverio de cinco años, al tino de que no pudiera cantar los malos pasos de aquellos empedernidos! ¡A sus robos y secuestros llaman rebaja de caudales, y reparto de justicia! No encontraréis gente más sañuda que aquellos hombres, ni que más vaya contra la ley de Dios. ¡Nada les da del tuyo y el mío! Puestos a negar, todo lo meten por tierra, y no les importa decir que las dehesas y las olivas, las tienen robadas sus dueños. ¡Todo es robo para aquellas negras conciencias, y sólo es justicia la rebaja de caudales mediante la industria de los secuestros! Es mucha desventura vivir cautivo un año y otro, entre tanta perdición, baldado y sin recursos, escarnecido por la conducta de la propia mujer. Una gran criminal, que merece subir a la horca. El señor la tiene marcada de su mano.

El garabato del pícaro, cosido en el jubón de hieles, enchinchado a los bastes del rucio, zarandero entre los rígidos fusiles, traspasaba el atento silencio con su grito misionero. La tropa cortejil, morena y sudada de soles labradores, extasiaba la barbaba a risa, tensa y suspensa en las voces dramáticas de aquel que va preso. Gustaba, en la gracia ingenua del alumbramiento, las irtudes estéticas, del romance y la estampa, con que se ganan la vida por ferias y romajes, los ciegos maestros.

VII

De lejos tuvieron el atisbo las disimuladas comadrijas. Los ojos se lo cantaron por el movimiento de las figuras en el Campillo de San Blasito. Huidizas tomaron vuelo para la eVnta del Pino. Allí se asilaron. Era el ventero un compadre desertor de presidio, que llevaba treinta años por aquellos parajes, con el nombre supuesto de Frásquito Manchuela. Ya estaban en concilio, Carifancho, Viroque y Patas Largas. Reunidos en torno de la lumbre, asegurados de que no había huéspedes, ni otro recelo, dándole fin a una fritada de higadillos, perfilaban las últimas socialinas para poner los espantos a la Pareja. Y apenas haciendo un bulto, asomaron por la puerta las disfrazadas comadres, se alborozaron los ballones, al tino de quienes eran las tales. Juana de Tito cortó la bulla, rajada de piernas, de gesto y de brazos:

—¡A lo que importa! Para mi ley, visto el temor de que ese veneno nos lleve a la horca, más que a libertarle de los grillos ha de irse a sellarle el pio! ¡A ello, chavales, y óregano sea!

La unitaria pupila de ónix, avivada por la lumbre del hogar, imponía su oráculo. Patas-Largas, que a todo miraba, apuntó un reconcomio antiguo que tenía con el tío Juanes:

—Aquí, para tomar acuerdo, falta alguno a quien debe escucharse. Si está con el aviso, esperar es lo propio Y si no ha sido convocado, convocarle. ¡Aquí falta tío Blas de Juanes!

Rajó la bisoja:

—Obrando como se ha dicho no tiene falencia. Tío Juanes será prudente que amuestre poco la fila. Los que andáis sin parade-ro, de una parte a la otra, exponéis menos. ¡Hay que hacerse del cargo! Horilla el sobresalto está en sí los tricornios le han zurrado el barandel a mi tuno, y se ha berreado, porque de ser así, ya tenemos encima el alzapié y no habrá otra que aburrir el nido.

Pinto Viroque le brindó con requiebro la bota del mosto:

—¡Trate un latigazo, que tienes tú más cifra que el Verbo Divino!

Corrió la pellejuela de mano en boca. La de Tito, animada del trago, bailó el cuerpo con ritmo de cabra, lúbrica y ambigua en su disfraz de mancebo:

¡Aquel tuno, tuno,

Por verme la liga,

Me dijo, me dijo,

Que fuese su amigal...

Pinto Viroque, con zumba de jaque, se ladeaba el castoreño:

—¡Buena gachapla!

—Pues a no olvidarla, amigos. Yo me meto en vanguardia para que aprendáis lo que es una mujer. Con esta copla os daré el santo, apenas de que asomen los tricornios. Paraje hay que estudiarlo.

Como ya lo tenían tratado entre sí los ballones con pocas palabras más, hubo concierto, y se caminaron a un jaral, donde habían escondido las monturas. Vaca-Rabiosa, en centinela sobre un cuartago, las tenía en reata. Salieron en fuga, apretadas las es-

puelas, bebiendo los libres-aíres y las luces del hogar ibérico.

VIII

¡Por verme, por verme
por verme la liga!

Se remontaba la voz. Los brillos simétricos de tricornios y fusiles asomaban apostillando la cinta de la carretera, repartidos a una y otra mano, por donde dicen la Barga del Moro. Trotaba el preso zarandil sobre los bastes del rucio, y el mozueto espolique, sin darle paz al zurrido, cantaba una solfa de respuestas arrieros. El camino daba vueltas entre espesos coscojares: Vaca-Rabiosa y Patas-Largas, Pinto Viroque y Pepe Carifancho, prevenidos, pecho en tierra, los refacos apuntando al camino, esperaban el cruce de la Pareja. Por la Barga del Moro, luminosa, agreste de brisas, ondulaba la copla fulera:

¡Me dijo, me dijo
Que fuese su amigal...

Un fognazo dió su llamarada en el coscojar. Rodó por el campo el eco de un tiro, y encadenados el vuelo de una garza, el latir de un perro, un fugitivo rebato de cencerros. Unánime la Pareja:

—¡Los caballistas!

Doblándose sobre el camino montaban los fusiles: Espantaba el rucio las crejas y encogía las ancas. Aplastábase el espolique, barriga en tierra. Clamaban en el aire los pelos, las uñas, y las voces de Tito el Baldado:

—¡Esta es la hora maldecida de mi muerte!

La Pareja hacía fuego. Con un trastrueque inverosímil, se arrugaron el baste y el preso, en un anhelo de manos y cascos al aire. La Pareja vuelve a cargar y queda en alerta. El Guardia Turégano, traspuesto un holgado espacio de silencio, consulta al Cabo Ferrándiz:

—¿Qué se hace?

—¡Como no sea esperar a que el pollino se levante!

—¿No habrá por ahí alguna emboscada?

—¡Apenas!

El Cabo Ferrándiz encorvado, el fusil dispuesto, se acerca y pisa en la sanguinosa mancha de tierra que recoge el sórdido bulto del preso y el asno. El Cabo Ferrándiz toca, inquiere, remueve, golpea con la culata:

—¡Listo!

—¡Un pícaro, menos!

El espolique se alzaba para mirar el sangriento burujo:

—¡Lo que hace una bala bien puesta!

La Pareja, repartida a una y otra linde, con los fusiles montados, apostilla la cinta luminosa de la carretera, por donde dicen La Barga del Moro.

(Prohibida la reproducción).



Al inaugurarse el monumento

La lección de Cajal

por LUIS DE ZULUETA

Madrid ha inaugurado, bajo las frondas del Retiro, la nueva fuente de Ramón y Cajal. En el momento triunfal de la primavera, al terminar un abril que, este año, es ya un mayo, comienza a brotar, en sus dos manantiales cristalinos, el agua de esta simbólica fuente. Contrasta el joven verdor de las ramas con las notas oscuras de los viejos troncos. Ha sido un acierto consagrar a la gloria de Cajal, no un vulgar monumento, seca dureza del mármol y el bronce, que siempre parece un fúnebre homenaje, sino una fuente, en la que la adusta piedra, ennoblecida por el arte, se combina con el agua viva que fluye y se mueve y brilla y canta...

La obra del escultor es, en verdad, de una sobria belleza. Honra a Victorio Macho. Con reminiscencias arcaicas en los relieves y cierta serenidad helénica en la estatua de Ramón y Cajal, percíbese en el conjunto una honda inspiración castellana. «¡Cumbres del Guadarrama y del Fuenfría!»... Granito y agua. (¡Qué bellas cosas escribió acerca del agua, Teresa de Jesús, allá, en la noble sequedad de Avilal...)

Forman las dos alas del monumento dos bloques de piedra de los que manan sendos raudales: la fuente de la vida y la fuente de la muerte. Sobre cada una de ellas ha cincelado el artista la respectiva alegoría. En aquella, la eterna renovación, la mujer fecunda, los brazos varoniles que levantan en alto al recién nacido; al otro lado, la tragedia del fenecer, el dolor sobre el cadáver... Entre los dos bloques, se alza la figura de la Ciencia, impenetrable—¿impenetrable?; no; pero serena entre la vida y la muerte—. Delante, un estanque, en el que los dos chorros de agua se funden, y, encima de él, la estatua de Cajal, envuelto en un manto clásico y reclinado sobre la peña. La imagen del sabio se refleja en las aguas, en aquellas aguas donde la muerte y la vida se compenetran como en el misterio de la existencia. Permanece so-

bre ellas, cual si superase a la muerte y a la vida en un tercer estado: la inmortalidad.

...Entretanto, nuestro Cajal, el de carne y hueso, el don Santiago de alma robusta y blancas barbas, continúa trabajando silenciosamente, entre el microscopio y las cuartillas, rodeado de unos cuantos discípulos.

Muchas lecciones dió en el aula. Muchas en los libros. Pero hay una lección que nos ha dado a todos los españoles en el curso de su existencia entera. Este maestro de Biología, la ciencia de la vida, nos enseña a vivir con el ejemplo de su vida propia.

Parece que hay una cierta oposición entre la psicología del español, individualista, original, independiente, subjetivo, y el espíritu de la ciencia moderna, que exige división del trabajo, colaboración paciente y desinteresada, objetividad absoluta. Los españoles, se dice, somos artistas; hombres, quizá, de atisbos geniales: no descolloremos nunca en la investigación de laboratorio.

Pues bien: ahí está la lección de Cajal. No conocemos otra alma más genuinamente ibérica, ni otro cerebro más disciplinadamente científico. Supo domar el genio castizo, utilizando sus nativos bríos para hacerlo avanzar paso a paso por la senda del largo estudio, la observación minuciosa, la modesta cooperación a la obra común de la cultura universal. ¿No hablabamos de la europeización de España? Ese gran español, españolísimo, nacido entre los riscos de la raya de Aragón y Navarra, es el más europeo de nuestros compatriotas y el más conocido y estimado en las naciones extranjeras.

Tiene las típicas cualidades que suelen atribuirse a nuestra raza. ¿Individualista?

Sin duda. Se formó a su modo, refractario a la escuela, inadaptable al vulgar ambiente. Pero acertó a aprovechar su individualismo para labrarse una fuerte personalidad. ¿Rebelde? En cierto modo, también. Mal estudiante al principio, insumiso a sus mediocres maestros. Pero aquel muchacho que vagaba por el campo, aprendía a solas a observar, a discurrir, a dibujar, y devoraba a hurtadillas la biblioteca del desván vecino. Rebelde, tal vez, hacia fuera, se fué disciplinando por dentro. ¿Impetuoso? Seguramente. Pero transformó el ímpetu primario en enérgica constancia, en la heroica terquedad de la labor científica. ¿Austero? Sí, por cierto. Mas su austeridad ni es el hosco ascetismo, enemigo de la Naturaleza, ni es la sobriedad resignada de quien se contenta con poco para no tener que luchar aspirando a más. Fué austero Ramón y Cajal, con la austeridad del sabio que sacrifica bienestar y comodidad a fin de poder consagrarse a una obra superior, a más altas y difíciles empresas. ¿Soñador? Sólo de cierta manera. Toda su existencia viene siendo una ofrenda al ideal. Pero su ideal no está en las nubes, sino en lo íntimo de la realidad misma, en el conocimiento de la verdad, en el progreso de la Ciencia y de la Patria, en el estudio de los tejidos orgánicos donde se entrelazan los enigmas del alma y de la materia, de la vida y de la muerte, como se mezclan esas aguas del doble manantial en la nueva fuente del Retiro.

Ante ese monumento ahora inaugurado, meditemos la lección de Cajal, gran español europeo; gran español liberal; gran español emancipado de atávicos prejuicios y devoto de la santa verdad; gran español, hijo preclaro del corazón de Iberia, que ha trabajado, tanto por amor a la Ciencia como por amor a la Patria, y que no ha dejado nunca de anhelar, junto con el avance del saber, la renovación democrática de la vida nacional.

El trabajo que cuesta no querer trabajar

No es Barcelona ciudad a propósito para que puedan desenvolverse esos individuos que hemos dado en llamar «sablitas». Sin embargo, aquí viven unos cuantos de ellos.

La gente tiene del «sablita» un concepto erróneo. Cree el vulgo que el «sablita» es un individuo que se ha propuesto vivir sin trabajar. No sólo cree esto el vulgo, sino que también lo cree el mismo «sablita». Los dos se equivocan. El «sablita» realiza un gran esfuerzo físico y cerebral. El «sablita», la mayoría de los días, hasta dar con la persona que ha de poner en sus manos el duro o las dos pesetas, realiza una caminata por la ciudad que supera a la que se ven obligados a efectuar muchos de esos individuos que prestan sus servicios como corredores en las casas comerciales. El «sablita» lleva siempre los tacones lamentablemente retorcidos por los kilómetros que ha tenido que tragarse hasta llegar a enfrentarse con la persona operable.

Otras veces, el «sablita» se sitúa frente a un café o un edificio, acechando la salida de la víctima. La espera del «sablita», la mayoría de las veces, es más enojosa que los plantones que se dan los urbanos de la porra en mitad de la vía pública, para que no se entorpezca el tránsito rodado. Además, el urbano sabe que

después de aquel plantón en su faltriquera entrarán unas pesetas, las que, como sueldo diario, le ha señalado el Municipio. El «sablita», en cambio, nunca tiene la seguridad de que el plantón le sea remunerado. Infinidad de veces, después de dos horas de espera, sale la persona acechada, y el «sablita» se va con las manos vacías. Hasta aquí el esfuerzo físico que se ve obligado éste a realizar.

Ahora pasemos al esfuerzo cerebral. El «sablita» lee mucho; va al teatro y al cine muy a menudo y se aprende al dedillo los tangos argentinos. Lee todo lo que se ha escrito, tomando como patrón «Los pobres de Madrid», «La portera de la fábrica», «María, o la hija de un jornalero», «El calvario de un obrero». Va al teatro a ver representar obras a Rambal y Santacana u otros actores de gesto desesperado. Leyendo aquella clase de literatura puede escoger unas cuantas situaciones de esas que encogen el corazón; viendo actuar a los expresados actores puede componerse el tipo; aprendiendo de memoria los tangos argentinos puede golpearlos en voz baja y sin música a las personas que ha de operar.

Además, no sólo se limita a copiar situaciones angustiosas y gestos desesperados. Tiene que exagerarlos, acentuarlos y com-

plementarlos con una serie de averiguaciones que dan ciento y raya a las que llevan a cabo reporters y policas para el desempeño de sus respectivas funciones. Con estas averiguaciones logra saber toda clase de detalles respecto a la vida de las personas que ha de operar.

Imaginémonos que, por ejemplo, la persona a quien se va a sablear tiene cuatro hijos. El «sablita» le dice que él tiene media docena, aun cuando no tenga ni uno, agregando que desde hace dos días no han probado bocado. Al decirlo, pone una cara lúgubre. Es decir, que procura presentar ante la vista del operado, la visión de un cuadro doloroso, del que podría ser igualmente que él protagonista.

Si el que va a operar es un tabernero, el «sablita» alude a su falta de empleo, a su pasada vida de mozo de taberna y a la felicidad que inundaba todo su ser cuando, como en el tango, oía decir: «mozo, traiga otra copa, y sírvase de algo el que quiera tomar».

Todos estos trabajos y muchos más realiza para poder vivir el hombre que no quiere trabajar. Con que ya ven ustedes si cuesta trabajo no querer trabajar.

JUAN CARRANZA

Un poco de humorismo

La verdad sobre el caso de David García

Voy a contaros la verdadera historia de mis relaciones con David García. Os garantizo que no he de engañaros. Sería absurdo. Cojé la pluma espontáneamente, sin sin responder a otra exigencia que a la de mi sinceridad, y mentir sería necio.

—Escuchad, y desmentid honradamente el día de mañana a quien os diga que Raúl González se portó canallescamente con su amigo David García.

En la mañana del 13 de Mayo (fué en esta fecha, digan lo que quieran mis difamadores) transpuse la mampara de la clínica de David García.

Cuando la puerta volvió a cerrarse tras de mí, un reloj hizo sonar las doce. Fijaos bien como recuerdo todos los detalles, hasta los más insignificantes. A no ser verdad lo que refiero, no sucedería así.

Di un paso hacia la mesa del doctor. Puedo juraros que estaba yo sentado a ella con un telegrama en la mano derecha.

Bueno, no era yo. Que avanzara por el despacho y estuviera al mismo tiempo sentado a la mesa, no sería posible. Si me empeñara en afirmarlo, tendríais un motivo para no creerme en lo sucesivo y os aferraríais a él para siempre. Os conozco demasiado.

No, no estaba yo sentado a la mesa, a la espléndida «mesa ministro». Pero había tras ella, eso sí, un hombre igual que yo, exactamente igual que yo.

Ahora ya sabéis que voy afeitado. Me rafié a antes, hará un par de años, cuando las barbas de Raúl González causaban estragos, verdaderos estragos, entre casadas y casaderas de Villagrís. Pues bien, aquél hombre llevaba «mis barbas», «mis» lentes de concha, «mi» traje gris perla. No necesito ponderaros más mi semejanza física con el doctor.

Me consta que él aseguraba en el «Casino Mercantil», jactanciosamente, que no se parecía a mí, sino yo a él, por que yo había adoptado mucho después las barbas y los lentes. Desde que estas declaraciones, en verdad deprimentes, llegaron hasta mí, correspondí a la antipatía que le inspiraba. Sobre esto, no admito discusión: yo no le fui nunca simpático a David García.

Ahora sonreiréis. No me cabe duda de que ahora sonreiréis y pasará por vuestra mente una figura de mujer rubia: Olga. No he de negarlo vanamente: Olga, como a vosotros, como a todo el pueblo, me gustaba; me gustaba mucho, no lo niego.

Peró Olga, siendo una «buena mujer», no era una «mujer buena». Vosotros entendéis este juego de palabras, ¿verdad?

No era buena, no, Olga. Mientras todos la sabíamos casada y con el marido allá, por tierras andaluzas, ella se dejaba visitar con excesiva frecuencia por David. Era el médico, sí, pero, caray, Olga rebosaba salud.

Bueno, bueno, volvamos al despacho de David. Al verme se levantó y su rostro, de pronto, iluminóse con una extraña sonrisa.

—Querido González!—(sí, sí, esta misma fué su exclamación: ¡Querido González!)—lo recuerdo perfectamente. Y me abrió los brazos.

Me tomó luego de un brazo y me obligó a sentarme en un gran sillón.

Señ así tratados por una eminencia de la Medicina, conocida mundialmente, os hubiera llenado de orgullo a cualquiera de vosotros. A mí, no. A mí me constaba el origen del renombre mundial de David García, debido no precisamente a su saber ni a su ciencia.

Es inútil que pongáis esas caras de extrañeza, ya os dije que estaba dispuesto a decir toda la verdad. La fama conseguida en poco más de dos meses, tras de muchos años de oscuridad, por David García, no

guardaba relación con su jarabe de hipofosfitos.

Las revistas ilustradas, publicaron su retrato y los diarios volcaron el cesto de los adjetivos sobre largas columnas. No importa. Toda aquella disimulada publicidad tuvo un precio, y ese precio lo pagué yo.

Gasté mucho dinero, mucho, pero la fisonomía de García fué conocida en todo el mundo. Casi me arruiné, os lo juro. Decidme ahora honradamente si mi proceder fué canallesco...

Quedábamos en que el médico me hizo sentar en un gran sillón. Alternativamente, y sonriendo siempre, me miraba a mí y miraba al telegrama, que continuaba conservando en su mano derecha. Tosió, destosió luego y dijo:

—Un poquitin tarde ha venido el amigo González, pero tratándose del amigo González, no me importa retrasar la comida...

No, no llegó su amabilidad a tanto como invitarme a compartirla. Y prosiguió:

—¿Qué le trae por acá al amigo González?

Rehuf la respuesta. Miré a mi amigo, sí, reiteradamente, y dije:

—Somos iguales, García— y reafirmé él:

—Iguales, iguales. Tan iguales, que usted podría pasar por el mediquillo que soy y yo sería tomado sin dificultad por el inteligente funcionario de Minas que es usted.

Sonreí a la modestia y al halago. García hizo una pelotita con el telegrama, la botó en la palma de la mano y terminó arrojándola al cesto de los papeles. Y como ya no sabía más qué decir, me preguntó solícito:

—¿Qué le duele a usted?

No me dolía nada, pero no consideré correcto defraudar el interés que demostraba por que poseyera alguna enfermedad. Me fingí preso de una cualquiera, de esas dolencias físicas que Freud tan bien ha estudiado:

—Sobre todo—terminé—, una gran melancolía, una atroz melancolía pesa sobre mi vida como una losa...

No quiero aparecer como inventor del símil de la losa, pero sí os aseguro que a García le emocionó bastante.

—Melancolía—dijo—melancolía... No se debe quedar uno soltero hasta tan tarde, González... Y viviendo en un pueblo, menos todavía.

Luego, se aproximó y casi al oído lanzó esta afirmación:

—Yo sé cual sería el remedio de esa dolencia...

No pregunté, no dije nada. El sugirió, os doy mi palabra de honor de que fué él:

—Olga...

—Llamé todavía. Y todavía él:

—Yo no habría de enterarme. Ella tampoco, desde luego, que por algo los dos somos iguales. Usted, claro, sabría ser discreto...

Como sin duda os sucederá a vosotros, me pareció abominable la conducta de David García. Juré firmemente no volverle a admitir en mi partida de poker.

Ni un sólo instante, ni una sola línea voy a dejar de ser sincero. A mí, Olga, me gustaba mucho. Para que a mí una mujer me gustase mucho, vosotros lo sabéis, necesitaba poco. Pero Olga me gustaba más que todas las otras mujeres reunidas.

¿Os acordáis de María del Mar, la hija del teniente coronel de la Zona de Reclutamiento? Por ella — es imposible que lo halláis olvidado— aproximé a mí sien el cañón de un revolver. Estaba descargada el arma, es verdad; pero a mí no me constaba esta circunstancia cuando apreté el gatillo. La prueba es que acto seguido caí al suelo y me produje un gran chirlo en la cabeza.

Bueno, pues por una mirada de Olga, por

una sonrisa de Olga, hubiera sido yo capaz de tirarme por un balcón. Un balcón no está nunca descargado y los que lo utilizan para suicidarse, son suicidas de buena fé. Por Olga, yo lo hubiera sido.

Para obtener su cariño, había hecho cuanto le es permitido hacer a un empleado de Minas sin ofender el decoro del cargo. Paseé su calle, entregué a una doméstica varias cartas y varios duros, publiqué un soneto en «El Progreso de Villagrís» proclamando bajo mi palabra de honor que la Venus de Milo era notoriamente más fea que Olga Picavea... Todo inútil. Olga se mostraba para mí, cada vez más esquiva.

Figuráos cual sería mi asombro, cómo de profundo mi mar de confusiones, cuando la mano de David García me llevó hacia ella o, por lo menos me ofrecía una llave para abrir la puerta de mi felicidad.

No hablo en metáfora: David García me entregó una llave. Una gran llave. Una enorme llave.

—Guárdela—dijo.

Pensé por un momento que abrigara el bajo propósito de deformarme la americana. Pero continuó:

—Es la del jardín. Vaya a media noche. Abra y no hable.

Cogí la llave y tuve que colgarla de mi cintura. Parecía un gentil-hombre, os lo juro aunque me creáis vanidoso.

Quince, veinte, treinta noches, acaso, transporté los cinco quilos que pesaba la llave, desde el Casino a casa de Olga. Fué por aquel entonces que comenzaron a cargarse mis espaldas.

Y al cabo de aquéllas noches de felicidad y de silencio, sucedió la escena desagradable con David García, en la calle Mayor. Fresco estará el suceso en la mente de todos:

—¡Eres un canalla!—afirmó con una convicción que a mí mismo me hizo dudar de si decía o no verdad. Más me rehice pronto y, entre los dos produjimos una bofetada. El puso la cara cierto es pero podría haber sucedido lo contrario. No se le ocurrió y volvió a prestarme la mejilla. Nos separásteis. Por la inercia adquirida, seguí un rato manoteando en el espacio, mientras él continuaba lanzando contra mí terribles cargos:

—El telegrama lo puso él, no pudo ponerlo más que él. Es un canalla. Y se dejó la barba, por lo menos. Es un canalla.

El estribillo, insoportablemente monótono, era este:

Es un canalla, es un canalla, es un canalla. Cuando lo llevásteis a la botica de Paquito Campos, continuaba afirmándolo. La situación era tan deprimente para mí, que tuve que volverle a colocar con alguna violencia la mano sobre la mejilla.

¿Qué ponía el telegrama? Creo que esto, sobre poco más o menos: «Por los retratos de la Prensa, te conozco a usted. No se me despinta. Surgiré cuando menos lo piense, para romperle toda la cabezota. El marido de Olga».

No quiero negarlo. El despacho lo impuso en Córdoba, por encargo mío, mi primo Juan Terrén. Pero eran cerca de cuarenta palabras, con dirección y todo. Una verdadera fortuna, señor, para gastarle una bromita a un amigo. Después de haberle sufragado la elebridad, me creía con derecho a ello. Ni él, ni vosotros, lo creísteis así. No me importa.

Después de todo, fué Olga la que se burló de los dos, escribiéndome una esquelita que decía:

«Eres un idiota y García es otro idiota. Mi marido no hubiera podido venir a mataros a ninguno de los dos... por la sencilla razón de que no tengo marido».

DOMINGO DE FUENMAYOR.

EL MUSEO DEL PRADO EN 1833

Al margen del cuadro del pintor Kuntz, reproducido en la pág. primera.

por MARIO AGUILAR

Mi admirado amigo don Federico Barris, sigue aquella curiosa tradición italiana del Renacimiento que vió a los comerciantes convertidos en expertos catadores de arte. En su casa hay Goyas, Madrazos y Esquivéles, magníficas miniaturas, cuadros de Sunyer, dibujos de Inglada, esculturas de Casanovas. Hay, también, un cuadro singular, que se reproduce en la primera de estas páginas extraordinarias. Es el Museo del Prado en 1833. Lo firma «Kuntz», apellido alemán que se sumó al de los Madrazos, y allí está, en el primer término, según se cree, don José Madrazo y Agudo, fundador de la dinastía madrazista, enchisterado y con levi-sax, que cifre una esbeltez airoso e inquieta. Es un cuadro lleno de ingenio encanto y construído con un gran sentido arquitectural.

Don José Madrazo, primero de los pintores de este apellido, casó con doña Isabel Kuntz, nacida en Roma, hija de don Tadeo Kuntz, silesiano; don José Madrazo tuvo tres hijos, don Federico, don Luis y don Pedro Madrazo Kuntz, pintores los dos primeros y escultor el último. Seguramente el autor del cuadro era cuñado de don José Madrazo, y, por lo tanto, tío del que fué pintor famoso, don Federico Madrazo. Debemos suponer que es don José Madrazo el caballero pintado en primer término, porque el Museo del Prado, formado a base de cuadros extraídos de colecciones particulares y deportamentos del Estado, llevó, en

sus comienzos, el nombre de «Museo del Rey», y dirigieron su formación don José Madrazo y don Luis Eusebi, en 1828. El cuadro de Kuntz está hecho en los primeros años del Museo, y es razonable suponer que el pintor quiso poner en él la figura de su cuñado, formador y catalogador del Museo.

No hay ninguna indicación precisa, fuera de la firma, «Kuntz-1833», en este cuadro, que hubiera debido presidir el Museo de Arte Romántico. El año 1833 es el gran año anunciador del romanticismo, romántico, en sí mismo, por sus gestas. Muere, en su septiembre, Fernando VII, y el infante don Carlos reivindica sus derechos al Trono y decreta la guerra civil. Aparecen Zumalacárregui y Córdoba primero; después Maroto y Espartero. Los antiguos guerrilleros liberales Mina y Zurbano son generales consagrados. Reaparece la Milicia Nacional, y don Eugenio de Aviraneta, hoy incorporado a la inmortalidad por voluntad de Pío Baroja, funda «La Isabelina», sociedad secreta y luego, fingiéndose carlista, se va a conspirar a Oñate la corte de don Carlos, contra don Carlos, preparando el abrazo de Vergara...

Todo el romanticismo está palpitante en ese año 1833, y el caballero del cuadro de Kuntz parece esperarlo en el vestíbulo de ese Museo del Prado, incipiente. José Espronceda es todavía Pepe Espronceda, recién llegado de París. Gutiérrez de la Vega, Martínez de la Rosa, Gil de Zárate, comien-

zan sus versos y Hartzenbusch, sus dramas, mientras traduce obras francesas, para llenar los huecos que dejó el teatro de Bretón de los Herreros. Pepe Romero, convertido en doctor de tauromaquia, ve llegar a Montes, con su juventud. En San Felipe el Real, donde aún se suspira por el «Stabat Mater» dirigido por el propio Rossini, se guía haciéndose música sacra. Hay un empresario, Grimaldi, que lo llena todo. Hay una actriz que se llama Matilde Bárbara Lamadrid y que empieza a asombrar a las gentes en «La Húrfana de Bruselas» y en «María Estuard». Larra escribe sus críticas y sus crónicas. Se oye la voz de «El Trovador» que se va acercando. Se escucha el diálogo próximo de «Los Amantes de Teruel»... Y Olózaga, inicia sus discursos mientras los oficiales de la guardia Real van a batirse cada día al Retiro, por amores y por su reina.

Si el cuadro de don Federico Barris fuera expuesto en Madrid—y le rogamos que lo haga—, presidirá una evocación de aquella época candorosa, turbulenta y fervorosa. En Barcelona, cuando fué exhibido hace unos cuatro años, no hizo más que obligar a lanzar un «les bonito!», porque aquí, el siglo XIX, «enorme y vago», apenas si tiene tradición o, al menos, no queremos removerla. Nosotros lo ofrecemos a Ramón Gómez de la Serna a Luis Bello, a Roberto Castrovido y a Pedro de Répide, madrileños de devoción.

De los Juegos Florales

CINCO SONETOS DE AMOR

por JUAN ARÚS

El poeta Juan Arús, ha conseguido, en los Juegos Florales de este año, celebrados en la intimidad, la Flor Natural, otorgada a estos cinco sonetos de amor:

I

De quin poder misteriós—vaig dir—
reb ton amor la fèrvida alenada?
De quina llenya, oh, dòna, es deu nodrir
la flama del teu cor, sempre arborada?

Y un jorn, que't ves ajeure prop de mi,
sota la nit d'estiu, damunt la prada,
vaig heuren la reposta ab la mirada:
damunt la corva lenta del teu si,

igual que un rusch environat d'abelles,
hi havia un nimbres lluminós d'estrelles
que destilaven dins ton cor dormit

—am una fina tremolor sagrada—
la mel més pura de l'amor, libada
en no sé quins jardins del infinit.

II

Es ton amor l'amor de cada dia,
oh, flama sempre viva de ma llar,
fresch com la rosa que totjust s'obria
y palpitant tothora, com el mar!

Ert sobre'l lit adés jo romanfa,
mig adormit y mig despert encar.
Tu has vingut poch a poch, per si dormia,
y has posat en mon rostre ton besar.

Oh, quina cosa més estranya feyal
He obert els parpres y potser somreya,
però mon cor sentia tremolar

d'aquest pressagi que m'escometia:
axí mateix ha de besarte un dia
quan ja son bes no't pugui despertar.

III

Oh, dea provident, tu, qui, assentada
vora un llagut que't para'l sol y'l vent,
apedaces la xarxa destrocada
ab mans pleaes de calma sapient!

Allà al fons de les ones, bravament,
fan els delfins llur feyna, de bursada.
Tu, vora'l mar, tranquila, vas dihent:
ans que vosaltres no seré cansada!

Axí talment és la muller perfeta:
viu al cayre del món, dolça y quieta,
y quan l'espòs absent torna a la llar

pren en ses mans la xarxa de sa vida
y en va refent els punts, amorosida,
perque de nou pugui llençarse al mar.

IV

Axí que ha obert la esposa'l finestró
ha dit, devant la insòlita nevada.

—Jo't beneexo, oh, neu, casta blancor,
mercè d'amor dels ayres develladal

Avuy, que'l fret a fóra és traïdor,
bo és el xopluch dessota la teulada;
guaytar la neu pels vidres del balcó;
tenir la llar de foch ben abrandada.

Y, ab una joya inesperada al rostre,
sentirnos presos sota'l propi sostre,
tot esperant que'l sol fongui la neu,

la neu benigna que l'amor em porta
y que s'està ajeguda arran de porta
perquè l'espòs romanguí vora meu.

V

Oh, tu qui ets ara dins mes bragos presa,
generosa d'amor y de bondat!
Talment diria que jo t'he creat
del somni de la meva juvenesa!

Reposo a l'ombra d'exa gran certesa
y, sense somniar, s'ech benhaurat.
Però, trencant sovint ma placidesa,
em dich: —Quant durarà ton goig preat?

Rès no és segur de ço que l'hom abasta;
avuy mateix la Mort iconoclasta
pot desfer l'idol llargament bastit,

ídol de terra, fugitiva imatge...
y ab un esquer y recelós coratge
arenyo fort l'amada contra'l pit.

De nuestra juventud

De los exámenes a los modernismos
y de los romances de ciego a un
concurso absurdo y pintoresco

por RAFAEL MORAGAS

Hemos de convenir que cuando éramos estudiantes, al mes de mayo no le llevábamos simpatía alguna. Nos habíamos pasado los meses del curso «haciendo el cisne»—palabra fina y poética con la que substituyó Perico Mensa, el «hacer el ganso»—y, efectivamente, de los textos no sabíamos una palabra. El verbo «empollar» por aquellos días primaverales adquiría un prestigio aterrador. José María Roviralta, el acaudalado y famoso industrial tan conocido actualmente en Barcelona, y que en aquella época cursaba la carrera de ingeniero, desaparecía de la circulación y se encerraba con su entrañable amigo Benet, devorando las asignaturas. A Pahissa, le dió por estudiar la carrera de arquitecto. De pronto se terció la música y mandó al traste el cálculo infinitesimal. Por cierto, que en un atardecer de los últimos de mayo, Pahissa se acordó de que a las nueve de la mañana debía examinarse de «Sombras», que por lo que se cuenta, es una asignatura terrible. A tal terror se agregaba el acreditado rigorismo del doctor Rovira, catedrático. Pahissa se puso muy serio, meditó, tomó una resolución y decidió sólo por aquella noche, no salir de casa y estudiar hasta el amanecer. A las diez de la noche, Pahisa se encerró en su cuarto de estudio dispuesto a abrir el libro de texto. Llega a la librería, y en un estante aparecía el volumen intenso. Alarga nuestro músico la mano para cogerlo, pero... Junto al tomo universitario aparecía sonriente el título de «Tatarín en los Alpes», de Alfonso Daudet; Pahissa no titubeó, Daudet fué con él, y a las cinco de la madrugada terminaba el divertido libro de aventuras. Al día siguiente se presentó ante el Tribunal. Sin duda, alguna modistilla, de las muchas que conocíamos, rogó por el estudiante a la Virgen de los Desamparados, a la que logró enternecer, se obró un milagro y lo aprobaban.

Llevamos dicho que estudiábamos mal y muy poco. Pero en cambio, nos sabíamos a Beethoven de memoria y nos sabíamos los versos de Maragall a clavo pasado. Una mañana, Guillermo Arís, que pertenecía a la Facultad de Ciencias, así como su hermano José a la de Medicina, y a fe que ambos, dado su talento—de mucho les ha servido la carrera—nos trajo un libro del poeta francés Stéphane Mallarmé. Los versos pasaron de mano en mano y fueron muy discutidos. Hubo quien se entusiasmó y quien propuso quemar a Mallarmé en efigie. Eran los tiempos del modernismo.

Ramón Vives Pastor, en unión de otro, cuyo nombre me callo, perpetraron la siguiente parodia mallermeniana. Decía así los versos:

«Las almas ya no fien como al nacer la aurora;
escápase el espíritu por la alta chimenea
de la mansión dichosa de la feliz aldea,
y la sagrada noche los cielos decolora...
Ya todo duerme augusto en el reino de flora.

La rana ronca y erita y alegre sílabea
y en el amante cáliz de muriente ninfea
la simbólica abeja por sus panales Mora...
¡Las siete! Ya es la hora del sagrado cocido,
cantando los obreros ya vuelven a su nido
a la morada rosa donde su amor está.
Relámense de gusto lo mismo que los reyes...
y al lento y apacible mugido de los bueyes,
responden en los montes las cabras ibé... bé... bá!»

Este soneto causó un regocijo fantástico, pues no faltó quien creyera que estaba escrito en serio.

En una mesa del café Australia, de la Ronda de San Antonio, se reunían Carlos Capdevila, Pahissa, un muchacho sudamericano que se llamaba Allende y el «cavaliere» José A. Peipoch. El piano del café lo tocaba el maestro Verdura, que andando el tiempo introdujo en el antiguo foyer del Eden Concert, los tziganes que precedieron al jazbandeo. En el Australia, también se hicieron versos y se imitaban estilos. Aquellos muchachos, llegaron a inventar a un poeta fantástico, al que le dieron el nombre de Juan García Piña. A éste le dieron la paternidad de aquellos versitos—estilo Villasespa—que decían:

«En el claustro cantaban las novicias
y el órgano roncaba allá en el coro,
ábrese la puerta y aparece un coro
llegado del jardín de las delicias.»

No acertamos a recordar quién fué que nos inscristó en la parte local de la memoria destinada a almacenar cosas pintorescas y no reproductivas, una famosa cuarteta de un poema o leyenda catalana, que así rezaba:

«I el conte digué amb ven es feroïda;
¡Mentida!... ¡No pot esser!...
l'eco responíal
¡Mentida!... ¡No pot ser!»

Este «eco» que no está en condiciones de resonancia y que sufre avería, nos tenía locos de contento.

Los romances de ciego eran una de nuestras debilidades. Un año, después de examinados, Alejandro Soler y Rovirosa, nos propuso ir por las calles y plazuelas barcelonesas a vender un romance. La idea nos encantó. Éramos muy jóvenes y la alegría que llevábamos en el cuerpo nos escapaba por los poros.

Alejandro Soler pintó un cartelón en el que se veía un crimen espeluznante, y en el reverso un naufragio que erizaba los pelos. Vives Pastor aprendió a rasguear la guitarra y nos dió clase de canto a Soler, a nuestro admirado Antonio Róses y a mí, para cantarrear con voz nasal los versos.

Una tarde de junio, a las cuatro, comenzamos en la plaza de San Miguel, de la Barceloneta, a «cantar el romanso». El ro-

mance lo llevábamos impreso, y no solamente lo vendíamos, sino que lo agotamos a las ocho y media de la noche, en la plaza del Padró, rodeados de criadas de servicio y porteras.

Nuestra indumentaria había que verla. Llevábamos capa—y sudábamos como si cada pelo fuera un surtidor—gafas, bolsa con los impresos cruzada en bandolera, raído pantalón y alpargatas.

Desafinábamos todo cuanto podíamos y soltábamos unos lamentos, a fin de remedar los ayes del crimen y las angustias del naufragio, que aterrORIZaban al popular auditorio, que nos oía con la boca abierta. Había que oír a Róses, gritando: ¿quién pide otro?

Como recuerdo, ahí va un fragmento del naufragio:

«Ya viene la mala mar,
ya se ponen amarillos;
el capitán mira al cielo
y se le hinchan los carrillos.
¡Es el equinocio!—exclama:
y hacia la cámara baja!
abre un cajón; cierra otro;
saca un libro y mira un mapa.»

Iban pasando los años. La mayoría terminó la carrera. Otros se lanzaron al periodismo y a la política, y algunos, los que tenían condiciones y entusiasmo, al arte. Por allá los fines del diez y nueve, un día nos pusimos unos cuantos de acuerdo para revisar, a la vez que recontar, lo más saliente de lo pintoresco que había acaecido durante el último curso. Cada uno de nosotros anotó en una cuartilla lo que más le llamó la atención. El fallo fué curiosísimo, y por lo que se leerá, no deja de tener miga.

Lo más saliente del género teatral:—Una cuarteta del drama «La Mariposa», que decía:

«Ensimismado en lo abstracto
formuló un juicio sucinto,
uniendo al super-instinto
la hiperestésia del tacto.»

Lo más saliente en modas y novedades:—Una camisa de dormir, modelo señora y caballero, que descubrimos en una tienda de la calle de la Boquería, que en la tela que correspondía a la parte del corazón, se veía un calendario confeccionado con cintas de color de rosa, para que el comprador, cuando estuviera en el lecho, pudiera colocarse y cambiarse, el día, el mes y el año.

Y tercero, lo más saliente de la Prensa, fué un «Eco de sociedad», de un periódico local, en el que después de reseñar una boda, decía el cronista de salones: «La feliz pareja ha salido esta tarde para Alicante, donde la tía de la novia tiene una caja de préstamos.»